

CARLOS SALAZAR HERRERA

CUENTOS

DE ANGUSTIAS Y PAISAJES



Grabados en linóleo por
CARLOS SALAZAR HERRERA



EDITORIAL EL CUERVO

SAN JOSE - C. R.

1947

INDICE

Pág. No.

EL BONGO	13
UN MATONEADO	19
LA BRUJA	27
EL GRILLO	31
EL BESO	35
UN GRITO	41
LA VENTANA	47
LA DULZAINA	51
EL MESTIZO	55
LOS COLORES	59
EL BOTERO	65
LA SEQUÍA	69
EL TEMPORAL	75
EL ESTERO	79
EL CURANDERO	83
LA TRENZA	89
EL CHOLO	93
LA SACA	99
LA MONTAÑA	103
LAS HORAS	107
EL CAMINO	111
EL CHILAMATE	115
UNA NOCHE	121

EL BONGO

- !Eh! ¡Bonguero! ¿Para dónde va?
—¡A las Salinas de Jicaral!
—¿No hay un lugar para mí?
—¡Cómo no, mi amigo! ¡Venga!

¡Un bongo!... ¡Y qué parecido es a un Cuento!...

Un bongo es una pequeña embarcación de velas, en donde caben apenas unas cuantas personas. El casco es hecho de una sola pieza, labrada golpe a golpe a fuerza de hacha y azuela, de un gran tronco de espavel.

Un bongo es para aguas mansas.

Un bongo no se puede aventurar a mar abierta, como los grandes navíos, en donde cabe mucha gente y pasan muchas cosas en largas travesías.

Un bongo no puede perder de vista la tierra, porque a pesar de todo, siempre sigue siendo un árbol.

En vela cangreja y trinquete pintan colores las puestas de sol, y por las noches, mástil y botavara, pico y tangón, ensayan nuevos dibujos entre las constelaciones.

que un Sur fresco descubriría sus muslos, y había adivinado... bajo las velas... ¡Cómo iban madurando las limas en el limeró!

Aquel día, aprovechando la calma, le dijo:

—Natalia, ya no sos una chiquilla y... yo no soy tan viejo. Te he recogido, te he cuidao y te he querido mucho. He pensao... este... he venido pensando que si sos agradecida y... me querés un poquito... Bueno, el Padre Raimundo me dijo que no hay impedimento y...

—¡No quiero! ¡No puedo, tata!—lo interrumpió ella—Yo lo quiero a usted... mas de otro modo. Se lo agradezco... pero...

—¡No hay pero, Natalia!—gritó el bonguero cambiando de maneras—Yo te he cuidao pa mí... y ya lo tengo todo arreglao. Mañana vas conmigo a l'iglesia ¡Ah!... y no me llamés más tata. ¿Entendés?

No se habló más del asunto.

El bonguero echó el ancla en un bajo fondo, y esperando... esperando vientos favorables, se quedó dormido en el banco de popa.

Cuando despertó, no estaba Natalia en el bongo. El resto del día y toda la noche la estuvo buscando.

—¡Natalia!... ¡Hijita mía!...

Y no la vió más.

Una negra ave marina, muy alto, se mantuvo inmóvil largo rato, como una ancla suspendida en el espacio.

Luego estilizó un descenso, fondeando la inmensa inmensidad del cielo.

El bonguero me miró y dijo:

—A veces salta el agua como ahorita, ¿sabe usted?

y le pringa a uno la cara, y uno no sabe si está llorando, porque... la mar y las lágrimas son aguas saladas.

—Bueno,—le pregunté al bonguero—y, Natalia... ¿sabía nadar?

—Como un peje.

—Y, dígame... ¿no tenía novio?

—No, que yo sepa... A veces la veía con Jacobo, un buen muchacho que me ayudaba a cargar el bongo.

—¿Y dónde está Jacobo?

—Por esos días me había dicho que se iba a trabajar a Punta Quepos, y desapareció sin decir nada.

Y después, con los ojos muy abiertos, y con un nuevo tono en la voz, añadió:

—¡Hombré!... ¡No había pensao en eso!...—Y luego, sonriendo dulcemente, con la cara salpicada de mar o de lágrimas:

—Bueno, si es así... ¡que Dios los bendiga, pues!...

En el corazón del Golfo de Nicoya, cayó de pico un alcatraz y levantó la cabeza con una corvina. Otro alcatraz, volando a ras del agua, le arrebató el pescado y huyó hacia los manglares.



EL BOTERO

Como caña lanzada por arco, escurrida entre las sombras, perforando la distancia, llegó el grito.

Llegó el grito pidiendo bote en la ribera norte de la desembocadura del río Grande de Tárcoles.

Seguía el ruido del agua y la noche negra metida en todo.

Una estrella cayó en el mar. Era la única estrella.

Poco después, brilló en la ribera Sur la llama de una lámpara de carburo, como respuesta prolongada y luminosa.

—¡Ya viene'l botero!

A buena distancia se movía la luz, derivando hacia el Pacífico, perdiéndose a ratos, apareciendo luego más... y más luminosa.

Bajo los palos del atracadero chapoteaba el agua acumulando basura, y sobre un olor a podrido volaban miríadas de zancudos. Oíase la voz de los sapos, el silbido de los grillos, el desagüe tranquilo y el viento en las ramas, todos, en un son inacabable, bajo, siempre igual.

Pasó mucho rato oscuro y tornó a brillar la luz más cercana, tiñendo reflejos en las ondulaciones. Sonaba ya el compás de los remos partiendo el agua,

Aquel bonguero era un buen viejo sesentón. Macizo por fuera como una quilla. Transparente por dentro como una vela.

Hacía servicio de cabotaje en el Golfo de Nicoya.

Pitahaya, Jicaral, Lepanto, Chomes y Paquera. Sal, arena, carbón, plátanos, mangle, cocos y tamarindo.

Por hacer una caridad, había recogido a una chiquilla que quedó sola cuando murió su madre, una parienta lejana del bonguero. Desde entonces, se había dedicado a cuidar a sus dos amores: al bongo, y a su hija adoptiva, Natalia, quien siempre lo acompañaba en sus navegaciones.

—Y... ¿Dónde está Natalia?—le pregunté.

El bonguero bajó la cabeza con enorme tristeza, y me pareció que estrujaba un remordimiento con la mano.

—Se ahogó... Se me ahogó aquí, en este mismo golfo. No hace mucho... Yo tuve la culpa. ¡Viera cómo he sufrido!...

Veamos lo que le pasó al bonguero:

Un día, con la pleamar, hacia la madrugada, el bonguero levó el ancla, y soplando Noroeste, rayó el golfo hacia Puntarenas.

Fué un mal día. A la altura de Chomes lo apasionó una calma, y estuvo varias horas a merced de la corriente. El bonguero iba en el timón y Natalia en el banco de proa. Entre uno y otro había un cargamento de plátanos currarés.

No se podía hacer otra cosa sino esperar.

El bonguero había observado que Natalia... ya no era una mocosa sin importancia. Había visto en la muchacha, con cuánto pudor bajaba su falda cada vez

cada vez más duro, más duro cada vez, hasta que la proa tocó en los palos del atracadero.

—Buenas noches, amigo.

—Muy buenas las tenga usted, amigo.

El botero alumbró la cara del que había llamado. Le era una cara desconocida.

El que había llamado se metió en el bote, y el bote empezó a derivar, costeano, bajo las ramas de la orilla, abriéndose paso entre los lagartos.

El botero amortiguó la luz y explicó:

—Bajando m'encandilo y si uno se descuida el río lo bota'la mar o lo vara en los playones... ¡El río es traicionero!...

Los bancos de arena en la boca detienen y acumulan las ramas, que son las grandes contorsiones que dejan las crecientes.

Sonaba la cortadura del remo haciendo de timón y gritaban las chumaceras pidiendo un poco de grasa.

—¿Y pa'onde vá usted, amigo?

—Pa'Las Agujas, amigo.

El botero avivó su lámpara virando hacia la mitad del río.

—Hay que conocer este manejo.

—Me parece, amigo.

Los dos hombres hablaban de rato a rato, sin mirarse las caras, porque la noche había escondido en la oscuridad, todo lo que en la noche había, mientras la luz de la lámpara enfocaba allá lejos la orilla aquella del río.

—Y perdone usted la pregunta,—dijo el botero por preguntar algo—¿Cómo es su nombre?

—Juan de Dios Pereira, pa'servile.

—¿Juan de Dios Pereira?... Pos vea usted lo que son las cosas... ¡Yo soy Antonio Guadamuz!...

Pereira no contestó. Guadamuz había levantado un remo y se lo había partido en la cabeza.

Un olor a podrido llegaba a tiempos con la dirección del viento.

Antonio Guadamuz acercó su lámpara a la cara de Pereira. Allí lo contempló largo y recordando.

—Qué viejo estás, Pereira, no te había reconocío. ¡Hace tantos años!... Tal vez treinta... ¿Creyiste que no nos volvíamos'hallar?... pos ya ves lo que son las cosas... ni te di tiempo pa'que te acordaras... ¡Qué viejo estás, Juan de Dios Pereira!...—Y con el remo lo empujó echándolo en la mitad del río.

Oyóse caer pesado el cuerpo y seguido el chapoteo de los lagartos. Sonaron ruidos guturales y reventaron grandes burbujas sanguinolentas entre la ebullición del agua.

El bote se alejó al canaleta, taladrando la noche definitivamente negra.

Caía sereno.

El botero llegó a la ribera Sur. Anudó las amarras en los palos y después de hundir una mirada profunda en la negrura del río... caminó. Iba gibado, con la noche embrocada a sus espaldas, recordando cosas viejas.

Se desnudaban las olas en la playa, y en la playa tendían su ropa blanca.

—Al fin t'encontré, Juan de Dios Pereira,—dijo en voz alta—. Ya te había perdonao, pero la desgracia... que juré matarte cuando te hallara... y el río te trajo a mí, oscurito, oscurito... mansito, mansito, pa'que cumpliera mi palabra. ¡Río traicionero!...

El terral se llevó la voz mar adentro.













































